

*24 de junio del 2023
Villar del Arzobispo*

REFLEXIÓN EN CLAVE ORANTE

*Delegación de Laicos
Arzobispado de Valencia*

VER: LA PARROQUIA, PUNTO DE PARTIDA.

De la carta a los Filipenses: (2, 1-2.4)

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás.

Para la mayoría de nosotros, la parroquia ha sido el punto de partida de nuestra vida cristiana porque, como indica el Papa Francisco en “Evangelii gaudium” 28:

La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración.

A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero.

La parroquia es la “localización” de la Iglesia; es la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas, la “fuente de la aldea”, como la llamaba de san Juan XXIII.

Pero, como también indica el Papa Francisco:

Tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión. (EG 28)

Una de las causas de esta situación es el peligro de la reclusión de los cristianos a los límites de su propia realidad parroquial. La parroquialidad, el sentido de pertenencia a la parroquia, ha derivado a menudo en un “parroquialismo” exclusivista y excluyente.

Otra causa es que en la realidad parroquial hay multiplicidad de grupos de laicos pero, a menudo, dispersos. Grupos que responden más a opciones particulares que a necesidades reales de la Iglesia diocesana.

Estas y otras situaciones no se dan por mala voluntad, ni por falta de amor a la Iglesia; más bien se producen por el influjo de rutinas adquiridas durante años y por la falta de conciencia diocesana.

De ahí la llamada de san Pablo: No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Hemos de tener presente que la parroquia, por tanto, no es nunca una realidad para sí, que no se cualifica por sí misma, y que es imposible pensarla si no es en comunión con la Iglesia particular. No se debe caer en la autarquía parroquial.

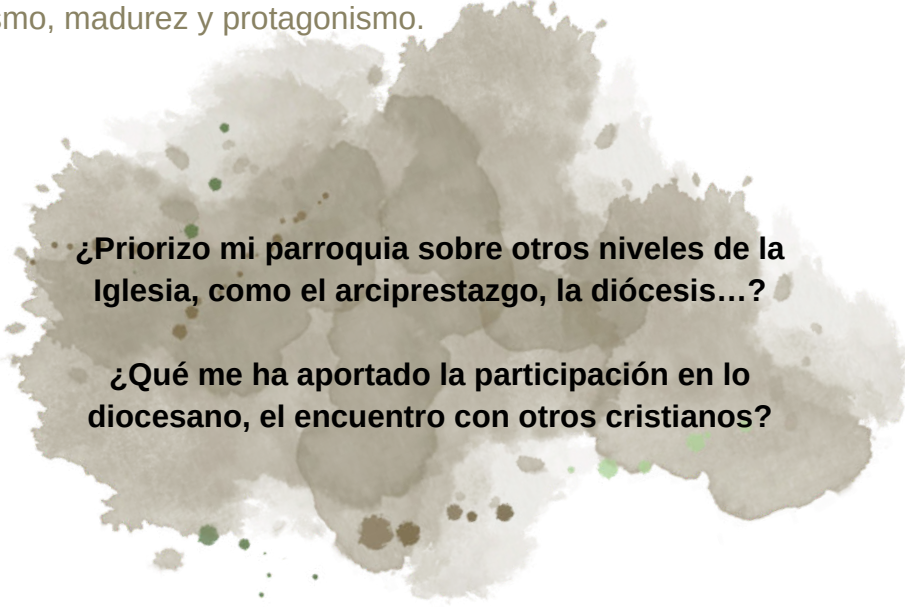
Como dice el Papa Francisco: cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo. (EG 30)

La misión y la evangelización se refieren ante todo a la Iglesia diocesana. La diócesis es la Iglesia, la parroquia es concreción y articulación de la diócesis.

Es necesario, por tanto, valorar y reforzar los lazos que expresan la referencia al obispo y la pertenencia a la diócesis. La participación en lo diocesano ayuda a conectar unas parroquias con otras, evita que una parroquia se aísle en sí misma y que las acciones pastorales se personalicen o dependan en demasía de circunstancias coyunturales.

De todos es sabida la riqueza que aporta juntarse, compartir, participar en lo común; la ilusión que se despierta cuando contactamos con otros grupos cristianos. Sin duda, superar la frontera de lo grupal y lo parroquial ha supuesto, para muchos de nosotros, un antes y un después en nuestra vivencia eclesial. Encontrarnos con otros grupos nos da una visión de Iglesia más plena, nos hace más partícipes de su misión.

De ahí que la parroquialidad debe ir siempre unida a la vivencia de la diocesaneidad. El compromiso diocesano no desarraiga a los laicos de su comunidad parroquial, al contrario: la enriquecen aportándole dinamismo, madurez y protagonismo.



¿Priorizo mi parroquia sobre otros niveles de la Iglesia, como el arciprestazgo, la diócesis...?

¿Qué me ha aportado la participación en lo diocesano, el encuentro con otros cristianos?

JUZGAR: LA DIÓCESIS, PUNTO DE ENCUENTRO.

De la carta a los Romanos: (12, 1-2.4-5.11-12)

Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Éste ha de ser vuestro auténtico culto.

No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. Así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y no todos los miembros tienen una misma función, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo, y somos miembros los unos de los otros.

No seáis perezosos para el esfuerzo; manteneos fervientes en el espíritu y prontos para el servicio del Señor. Vivid alegres por la esperanza, sed pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración.

San Pablo nos invita a discernir cuál es la voluntad de Dios, en este tiempo concreto, para cada uno de nosotros y para la Iglesia en Valencia.

Y la realidad que vivimos requiere una transformación, una renovación personal y pastoral. Es necesario vivir una sana eclesialidad, teniendo la parroquia como punto de partida y, a la vez, participando plenamente en la vida y en la acción de la diócesis, porque es el punto de encuentro de todos los que somos y formamos la Iglesia en Valencia.

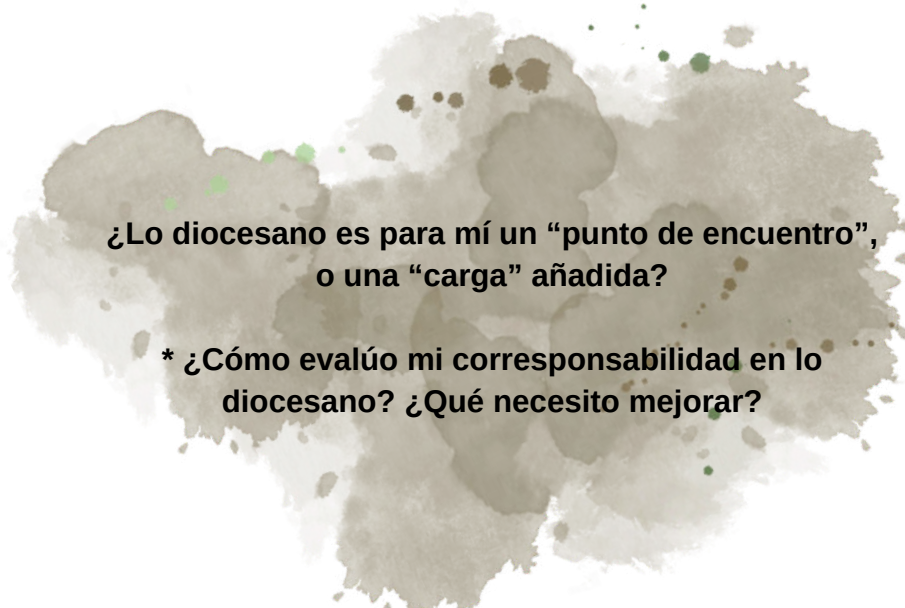
Y para dar este paso de la transformación y renovación es fundamental el papel de los laicos; entre otras cosas, para enlazar mejor el ámbito parroquial con el diocesano. Esto implica cooperar en la elaboración y en el desarrollo de los Planes Pastorales diocesanos y participar de la vida de las Delegaciones, siempre en comunión con el obispo. Ésta es la llamada que ya hizo el Concilio Vaticano II en el decreto "Apostolicam actuositatem" 10:

Cultiven sin cesar el sentido de diócesis, de la que la parroquia es como una célula, siempre prontos a aplicar también sus esfuerzos en las obras diocesanas a la invitación de su Pastor. Más aún, para responder a las necesidades de las ciudades y de los sectores rurales, no limiten su cooperación dentro de los límites de la parroquia o de la diócesis, procuren más bien extenderla a campos interparroquiales, interdiocesanos, nacionales...

El Concilio anima a los laicos para que vivan activamente su pertenencia a la diócesis, de la que la parroquia es como una célula. Es por ello, que se necesita un laicado maduro que dé continuidad en el tiempo a las líneas pastorales marcadas por la diócesis. Porque como destaca el mismo Concilio, en el Decreto "Ad gentes" 21:

La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en la mentalidad, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los laicos. Por tanto, desde la fundación de la Iglesia hay que atender, sobre todo, a la constitución de un laicado cristiano maduro.

Así pues, los laicos tenemos que estar disponibles para asumir la totalidad de la misión de la Iglesia desde nuestra conciencia de ser Iglesia diocesana. La corresponsabilidad de los laicos en la misión evangelizadora de la diócesis se hace visible y concreta mediante su inserción en los órganos diocesanos de gestión y participación (Delegaciones Diocesanas, Consejos, etc.), posibilitando que el trabajo de estos organismos conecte más con la realidad de nuestras comunidades



**¿Lo diocesano es para mí un “punto de encuentro”,
o una “carga” añadida?**

*** ¿Cómo evalúo mi corresponsabilidad en lo
diocesano? ¿Qué necesito mejorar?**

ACTUAR: LA DELEGACIÓN DIOCESANA DE LAICOS, PUNTO DE LLEGADA Y DE ENVÍO.

De la carta a los Efesios: (4, 15-16)

Viviendo con autenticidad en el amor, crezcamos en todo hacia Aquél que es la cabeza, Cristo. A Él se debe que todo el cuerpo, bien trabado y unido por medio de todos los ligamentos que lo nutren según la actividad propia de cada miembro, vaya creciendo y construyéndose a sí mismo en el amor.

Como hemos visto, la situación en la que nos encontramos requiere un cambio, una renovación personal y comunitaria. Pero este cambio lo intentamos realizar en medio de un ambiente predominante de pesimismo, de debilidad, de falta de entusiasmo y de pérdida de esperanza por parte de los cristianos. No busquemos el problema en los demás, porque el problema está básicamente en nosotros mismos.

Se constata un menor pulso vital de nuestras parroquias y comunidades y, por tanto, también de la diócesis. En general, los miembros de la Iglesia no tenemos las ganas suficientes para anunciar la fe cristiana. Esta falta de celo apostólico hace que se impregne en nosotros un estilo vago y de escaso compromiso. Nos conformamos con mantener lo que tenemos, quedando adormecida nuestra dimensión misionera. Pero esta actitud conlleva el progresivo empobrecimiento, personal y eclesial.

Para llevar adelante el crecimiento al que nos invita san Pablo, necesitamos apostar por procesos, por planes a medio y largo plazo, y para ello es imprescindible vivir nuestro ser Iglesia desde su concepción más amplia, desde la diócesis, superando el parroquialismo.

Este camino ya lo indicó el Plan Pastoral Diocesano aprobado en 2016, en cuya primera parte, “Comunión y corresponsabilidad al servicio de la misión”, se hablaba de la relación entre Parroquia – Arciprestazgo – Vicaría – Diócesis y se proponía:

Renovar los cauces de coordinación pastoral en las Vicarías y en los Arciprestazgos, y que la Diócesis siga proponiendo procesos, celebraciones y encuentros que sirvan para crear conciencia de Iglesia Diocesana. (Proposición 4)

En nuestra diócesis, y a través de la celebración de los distintos encuentros de laicos que se han llevado a cabo en estos últimos años, se ha animado al laicado para cumplir su misión específica: la misión que han recibido en el Bautismo, poniendo su creatividad al servicio de los desafíos del mundo actual.

Todos debemos cultivar la conciencia de ser Iglesia Diocesana, y estar dispuestos a colaborar en las diferentes formas de participación, diálogo y discernimiento a nivel diocesano. Y uno de esos instrumentos es la Delegación Diocesana de Laicos.

La Delegación Diocesana de Laicos se ocupa de la animación de la vocación y misión de los laicos, una misión que llevan a cabo en la Iglesia y en el mundo, siendo sus principios de trabajo la corresponsabilidad, la sinodalidad y el discernimiento.

La Delegación potencia la misión cristiana del laicado, su coordinación y formación. Por eso, la Delegación es, a la vez, punto de llegada y de envío, puesto que sirve de cauce de comunicación e información, recibiendo de la diócesis y dando a conocer a la diócesis el sentir y la realidad de nuestro laicado diocesano.

Esto requiere que quienes integramos la Delegación de Laicos seamos “puentes” entre la Delegación – Diócesis – Vicarías – Arciprestazgos – Parroquias, manteniendo contacto con el Vicario Episcopal, arciprestes, párrocos y miembros de Consejos Pastorales Parroquiales.

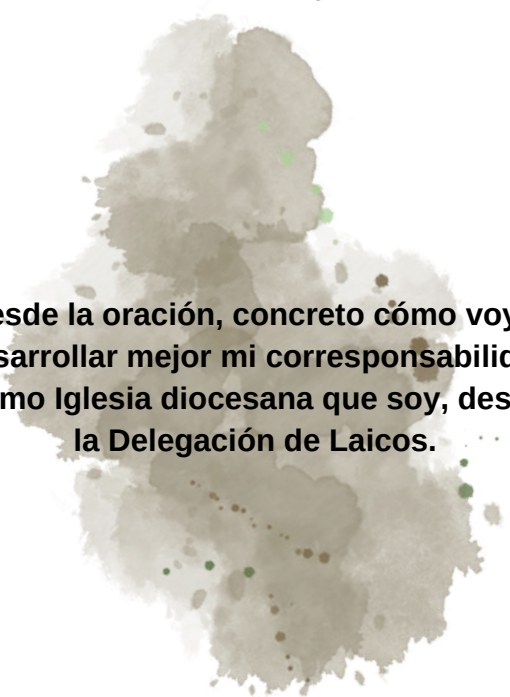
De este modo, desde la Delegación podremos ofrecer información, consultas, etc. referentes al laicado. Y en la Delegación recibiremos, desde las parroquias y arciprestazgos, informaciones, consultas, para transmitir las al resto de la diócesis.

Todo en la Iglesia, todos como Iglesia, estamos orientados a un único fin: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que por amor a nosotros padeció, murió y resucitó y ahora está vivo a nuestro lado.

En una sociedad tan plural como la actual, necesitamos una renovación personal y pastoral para estar más cerca de las diferentes situaciones en las que se encuentran las personas. Pero las iniciativas, acciones, estructuras... se quedan en buenas intenciones si no las llevamos a la práctica de forma concreta. Éste es el reto que tenemos.

Nuestra diócesis está iniciando una nueva etapa, con la llegada de nuestro Arzobispo, D. Enrique. Ahora, de nuevo, tenemos una oportunidad para crecer en todo hacia la cabeza, que es Cristo, con renovada esperanza y convencimiento.

Esta tarea de la Iglesia diocesana no tienen que hacerla otros, la tenemos que hacer nosotros, porque Iglesia diocesana soy yo, eres tú, somos todos y cada uno de nosotros.



Desde la oración, concreto cómo voy a desarrollar mejor mi corresponsabilidad como Iglesia diocesana que soy, desde la Delegación de Laicos.



DELEGACIÓN DE LAICOS
ARZOBISPADO DE VALENCIA